

IRMA LORENA ACOSTA REVELES
(COMPILADORA)

DESAFÍOS DE LA SOCIEDAD RURAL
AL DESPUNTAR EL SIGLO XXI.
ECONOMÍA Y POLÍTICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS
2008

Publicación financiada con fondos del PRODERIC 2007-1
Gobierno del Estado de Zacatecas

ISBN: 978-968-5923-48-4

D.R. © 2008 Irma Lorena Acosta Reveles.

De esta edición:

D.R. © 2008 Universidad Autónoma de Zacatecas
Jardín Juárez 147, 98000, Zacatecas, Zac., México

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	9
Tres décadas de agronegocios y agroexportaciones en Latinoamérica: un inventario	13
I. Introducción	13
II. El modelo agroexportador y de los agronegocios	14
III. Reorientando la agricultura al mercado externo	15
IV. Balance social	32
El mercado interno y el destino de la reforma agraria	41
I. Introducción	41
II. Conceptos centrales y marco histórico	42
III. La industrialización como indicador del «desarrollo»	52
IV. El significado de la crisis de los setenta	56
V. Conclusiones	61
Campesinado y control estatal en la consolidación del neoliberalismo mexicano	65
I. Planteamiento	65
II. La transición al neoliberalismo: renovación del control y recaudación del aparato oficial en el sector rural	67
III. La nueva relación del estado con la organización campesina: su función en el control estatal	72
IV. Dos elementos destacados del control estatal en el agro	86
V. Algunas conclusiones	91
Contradicciones y aportes del movimiento El campo no aguanta más (2002–2004)	97
I. Introducción	97
II. El contexto	98
III. Las movilizaciones	100
IV. Una evaluación	103
V. A manera de conclusión	114
Las bases de la migración de zacatecanos hacia Estados Unidos en la década de los noventa	119
I. Presentación	119
II. Leyes inquebrantables que desafían voluntades	120
III. Retrospectiva	123

TRES DÉCADAS DE AGRONEGOCIOS Y AGROEXPORTACIONES EN LATINOAMÉRICA: UN INVENTARIO

IRMA LORENA ACOSTA REVELES

*Sumario: I. Introducción; II. El modelo agroexportador y de los agronegocios;
III. Reorientando la agricultura al mercado externo; IV. Balance social*

I. Introducción

Desde la década de los setentas aproximadamente, el rol de la agricultura latinoamericana en la dinámica global del capital, ha variado significativamente: en primer lugar a través de la difusión geográfica y consolidación de relaciones salariales en la actividad agrícola de varios países de la región. Y en segundo lugar, por cuanto se han ido reorganizando los canales de transmisión de riqueza social desde la producción agrícola tradicional hacia los polos desarrollados del sistema. El resultado de estas tendencias ha repercutido en la base productiva agropecuaria, agudizando su heterogeneidad y, socialmente, con un aumento de la desigualdad en los ingresos y mayor exclusión. En ese sentido, los problemas crónicos se nutren, adquieren nuevos matices y se revelan nuevos motivos para la inconformidad popular.

Lo que aquí nos hemos propuesto es ofrecer un panorama del momento por el que atraviesa la agricultura regional con apoyo de documentos oficiales e instrumentos estadísticos. Partimos de cuestionar el tono optimista con que se divulgan las cifras y poner en evidencia aspectos menos difundidos pero de suma importancia para el presente y futuro de la zona; hechos relevantes en particular para la población rural que por décadas vivió de la agricultura y ahora ve frustradas sus expectativas.

Como método de exposición, nos referimos primero al contexto general en que se suscitan las transformaciones en el modelo de crecimiento de la región y sus

pretensiones. Enseguida nos ocupamos de la agricultura, enfocados en el contenido común de los proyectos nacionales en este renglón para revisar luego algunas de sus secuelas. Concluimos con algunas reflexiones sobre el significado de estos cambios para la expansión del capital en tanto sistema y para la población rural involucrada.

II. El modelo agroexportador y de los agronegocios

Desde los setentas, los países latinoamericanos se han convulsionado internamente y como parte de una dinámica de alcance mundial. El motivo primario de esos cambios lo ubicamos en un profundo proceso de rehabilitación del sistema capitalista inmerso en una crisis estructural que suma ya varias décadas.¹ Esta rehabilitación involucra todos los niveles del ciclo económico, que se alteran en su esencia, y que conmocionan el conjunto del orden social, algunos de estos ámbitos son: a) los mecanismos que dominan la producción de bienes y servicios y la reproducción misma del trabajador; b) los criterios que rigen la distribución del producto social; c) los circuitos financieros y comerciales —incluido el mercado de trabajo—; y d) las pautas que rigen el consumo —productivo y personal. Algunas de estas alteraciones son por demás evidentes y sumamente difundidas, otras podrían pasar desapercibidas al observador común.

En lo que se perfila como la nueva arquitectura de la economía mundial, la región latinoamericana constituye una pieza clave. Pues, con el objetivo de contrarrestar las tendencias críticas que se imponen en esta etapa del imperialismo ha sido preciso cambiar las reglas del juego y reconsiderar los vínculos entre desarrollo y subdesarrollo. Para nuestros países, la síntesis de estos cambios ha sido una reformulación de los proyectos nacionales, comenzando por ajustar la forma y las competencias del Estado, así como sus esferas de gestión prioritarias.

Grosso modo, las líneas del modelo de crecimiento neoliberal que se ha impulsado en la región podrían sintetizarse como sigue:

- a). Producir para exportar porque exportar es el medio y la condición para crecer.
- b). La responsabilidad de la producción y el crecimiento corre a cargo del sector privado, con la retracción, en contrapartida del sector público.
- c). Ofrecer privilegios gubernamentales a las ramas y agentes económicos eficientes cuyo criterio para valorar la eficiencia es la competitividad.

¹ Asumo que se trata de una serie de procesos socioeconómicos impulsados deliberadamente desde los centros de poder internacional y no del resultado lógico del avance tecnológico y del progreso de la civilización, como rezan los apologistas de *la globalización*.

- d). Renovar las estructuras institucionales para liberar los mercados de bienes y capitales.
- e). Apoyar el crecimiento —y la balanza de pagos— en flujos financieros provenientes del exterior.
- f). Menospreciar la importancia del mercado interno y de los mecanismos sociales redistributivos del ingreso.
- g). Sobre estimar el equilibrio de las finanzas públicas, control de la inflación y restricción monetaria.

III. Reorientando la agricultura al mercado externo

Desde 1964 Brasil ensayó bajo un régimen militar la búsqueda del crecimiento por la vía de las exportaciones sin que el Estado abdicara la responsabilidad de fomento e intervención directa en la economía; en la agricultura se promovió el cultivo a gran escala de soja y café entre otros productos de demanda internacional. A partir de un esquema de subsidios a la producción y al financiamiento, la tasa de crecimiento agrícola mantuvo su dinamismo por un par de décadas, marcando el final de un ciclo de crecimiento comandado por la inversión pública.²

Chile experimentó a partir de 1974 lo que hoy constituyen las típicas medidas de ajuste estructural con ingredientes neoliberales y monetaristas: reducción del aparato estatal por la vía del recorte en inversión productiva y del gasto social, privatizaciones, desmantelamiento del proteccionismo, apertura comercial y financiera, control de la inflación por la vía de la restricción salarial y equilibrio en las finanzas públicas. En una primera etapa —que concluye hacia 1983— destaca en el campo un proceso de reversión de la reforma agraria, con apertura del mercado de tierras, garantías a propietarios privados y recorte a los programas de apoyos gubernamentales; en los seis años siguientes —en un entorno de desempleo y subempleo proveniente en gran medida de la recesión industrial y del ajuste de la burocracia— se buscó reactivar y desarrollar la capacidad productiva de la agricultura a través de un modelo en que la producción altamente competitiva, principalmente frutícola y forestal ha sido central.

En un ambiente de crisis internacional y dado que varias economías de las más fuertes de Latinoamérica se enfrentaron en los años siguientes a una situación de inestabilidad financiera y problemas de crecimiento, la mayor parte de los países de

² *El Plan Cruzado* de 1986, marca el punto de partida de las políticas de estabilización macroeconómica en Brasil. Más detalles sobre los casos de Chile y Brasil pueden encontrarse en Chonchol (2003) y Petras (2002).

la región siguieron los pasos de la economía chilena bajo la presión de los organismos financieros internacionales y con la orientación técnica de uno de ellos: el Banco Mundial (BM). En la coyuntura de altas tasas de interés los procesos de renegociación de la deuda externa subdesarrollo–desarrollo, fueron especialmente propicios para sacar adelante las políticas de corte neoliberal en la zona.

3.1 Impulso a los negocios agrarios

En líneas generales, los programas para la agricultura que se inscriben en el marco del neoliberalismo —llámense de *desarrollo rural integrado*, *reconversión productiva*, *modernización*, o *desarrollo territorial rural*— nos remiten invariablemente a los argumentos que hacen apología de la *globalización*. Su empeño ha sido promover la proliferación, expansión y consolidación de las explotaciones agrícolas a gran escala, de alta rentabilidad o con expectativas prometedoras en ese sentido. Entre sus estrategias sobresalen: a) facilitar el arribo de la inversión privada al sector; b) eliminar límites jurídicos en el mercado de tierras, y c) canalizar el apoyo gubernamental a las empresas productoras de bienes agropecuarios de consumo final altamente competitivos por su precio, calidad o características; incluso cuando se trate de unidades proveedoras de insumos agroindustriales.

En este modelo, una distribución más equitativa del ingreso y la reducción de la pobreza rural serían el efecto lógico de resultados macroeconómicos positivos, siempre que el entramado institucional permitiera una asignación eficiente de los recursos productivos, ofreciera garantías a su movilidad interna y promoviera el acceso a los mercados externos. El ramo agrícola (al lado de la industria liviana) se beneficiaría en especial, con crecientes flujos de capital y mayor empleo, por tratarse de una actividad a la que caracteriza el uso intensivo de trabajadores no calificados (Stallings y Weller, 2001: 193). En este modelo, un mercado de tierras dinámico es parte medular en la estrategia para facilitar la eficiencia y crecimiento productivo y un factor clave para incitar la llegada de la inversión al campo (Herrera, 1996: 12). El éxito de la empresa agrícola dependería de la combinación y manejo óptimo de los factores productivos en economías de escala, sacando partido de las ventajas comparativas de la región y en particular del bajo costo de la mano de obra. En ese sentido, se preveía que las políticas a favor de la *flexibilidad laboral* tendrían incidencia directa en el ámbito de la empresa agrícola, al abaratar el costo del factor trabajo y apuntalar la eficiencia mientras se contenían las presiones inflacionarias.

En la propagación de estos proyectos que exaltan la importancia de la agroexportación, pesaron factores adicionales al escenario crítico de esos años.

Internamente destacan las contradicciones que en términos sociales, micro y macroeconómicos e incluso ambientales suscitó en la agricultura regional la modernización bajo la revolución verde —centrada en el monocultivo dependiente en alto grado de los insumos inorgánicos y la mecanización—, que se sumaba al agotamiento del patrón de crecimiento *hacia adentro* de posguerra manifiesto en crecientes desequilibrios financieros en la generalidad de los países de la zona. Desde el exterior fueron decisivos el advenimiento de la ingeniería genética como paradigma tecnológico dominante en el rubro agropecuario; la caída del precio de las materias primas y alimentos en los ochentas; y, el creciente control corporativo de la producción agroalimentaria mundial. Este último se hacía presente a través de instancias e instrumentos internacionales promotores de la producción agrícola al margen de subsidios y el comercio libre.

Al comenzar la década de los ochentas, las empresas agrícolas y agroindustriales de Estados Unidos (EU) ya ejercían una influencia definitiva en el mercado mundial de cereales, respaldados con una agresiva política de subvenciones que venía de por lo menos una década atrás. Hacia 1986 la Ronda Uruguay del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT por sus siglas en inglés), fue observada por el gobierno de aquel país como la oportunidad para consolidar su posición en el mercado agroalimentario y formalizar en su beneficio el acceso de sus productos hacia las regiones menos desarrolladas. También en ese año se instituyó el grupo CAIRNS, conducido por Canadá, Australia y Nueva Zelanda y con la participación de Brasil, Argentina, Chile, Colombia y Uruguay. Dicho grupo representa hasta hoy día la posición más radical en materia de libre comercio agrícola, al pronunciarse por situar el mercado agropecuario en el mismo plano que el de los demás productos y despejar restricciones al tráfico a través de las fronteras. En consecuencia, propone mejorar el acceso a los mercados, eliminar subsidios a la producción y poner fin a aquellas políticas internas que en alguna medida sean proteccionistas o que impliquen subvenciones a la exportación. El grupo de países de Europa occidental —encabezado por Francia— figuraba también como potencia en el rubro agropecuario desde aquellos años.

Luego de dos décadas de su conformación, el grupo CAIRNS mantiene su posición en las negociaciones de la Organización Mundial de Comercio (OMC, que suple al GATT desde 1995). Una posición que ha chocado con una firme negativa de la Unión Europea³ (Noruega, Suiza, Corea del Sur y Japón) para abrir sus mercados y eliminar los apoyos a sus productores. Por su parte Estados Unidos ha permanecido inflexible en el tema de la eliminación de los subsidios internos.

³ La postura de la Unión Europea apela al paradigma territorial. Un enfoque teórico que, al atribuir al espacio rural funciones que trascienden la producción primaria (como la preservación del ambiente o el cuidado del paisaje, por ejemplo), justifican la persistencia de apoyos públicos directos.

La resistencia de los tres protagonistas del mercado mundial de alimentos para ceder en sus posiciones y avanzar en el Acuerdo Sobre Agricultura (ASA) ha derivado en la suspensión indefinida de las negociaciones de la Ronda de Doha, el mes de julio pasado.⁴ Puede observarse, sin embargo, que un medio para avanzar en sus objetivos estratégicos consiste en iniciativas para formalizar compromisos de un alcance geográfico menos ambicioso con la mayor parte de los países de América Latina y el Caribe (Fritscher, 2004: 112). Hasta el momento se han afianzado las relaciones comerciales en este rubro a favor de EU por lo que toca a México (vía el Tratado de Libre Comercio de América del Norte), Centroamérica (mediante acuerdos aislados de libre comercio con seis países de la zona) y varias naciones del Caribe (Ley de Asociación Comercial Caribeña). Con los países andinos las negociaciones para un acuerdo de comercio libre también están avanzadas, y entretanto rige una especie de pre-tratado con el objetivo medular de erradicar el cultivo de coca y amapola, pero igualmente compromete también a la eliminación de impuestos a las importaciones norteamericanas.⁵

Por su parte los países del cono sur han estrechado nexos económicos con la Unión Europea (UE), particularmente aquellos que forman parte del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y sus Estados asociados (Chile, Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú). Todavía sin formalizarse un acuerdo de libre comercio entre el MERCOSUR y la UE, ésta constituye su principal socio comercial. Al respecto Heidrich y Glauco (2005:1 y 2) afirman que el MERCOSUR representa la esperanza mas clara de la UE para mantener su influencia en América Latina. Y con datos de EUROSTAT —base estadística oficial de la UE—, precisan que en el 2004, el MERCOSUR compró 55% de las exportaciones de la UE hacia América Latina, y el stock de inversiones de la UE en el MERCOSUR representa 62% del total también en América Latina.

Por lo que toca al grupo CAIRNS, actualmente la mitad de sus miembros —nueve de un total de dieciocho— son países de la región latinoamericana y del Caribe.

3.2 Evaluando los resultados

Sabemos que este espacio resulta insuficiente para exponer apenas los procesos que se han suscitado en la agricultura a partir de la reorientación del modelo de crecimiento en la zona, por los que nos concentraremos en algunos aspectos macroeconómicos relevantes,

⁴ Una síntesis clarificadora del momento por el que atraviesan las negociaciones agrícolas hoy puede encontrarse en el discurso pronunciado por el embajador de Costa Rica ante la OMC, Ronald Saborío, el 11 de agosto pasado en la ciudad de San José de Costa Rica.

⁵ El acuerdo tuvo vigencia por 10 años a partir de 1991. Desde 2001 rige la *Ley de Promoción Comercial Andina y Erradicación de las drogas* (ATPDEA), sin la participación de Venezuela. El TLC que se está negociando con EU incluye a Perú, Colombia y Ecuador.

comentando en cada caso algunas de sus repercusiones sociales más críticas. La intención es evidenciar algunos datos y hechos poco difundidos pero que ponen en entredicho los éxitos en materia de producción, productividad y balanza comercial. También observaremos hasta qué punto se han cumplido las expectativas de una *asignación más eficiente* del recurso territorial, buscando conocer el significado que ha tenido para la población del campo el impulso de un mercado dinámico de tierras y aguas.

A). PRODUCCIÓN Y PRODUCTIVIDAD

Asumimos como punto de partida que, en la región latinoamericana cada país enfrenta una realidad socioeconómica y política particular y que, en su interior, los más de ellos ofrecen un abanico de problemas múltiple y complejo. Un buen ejemplo de esa disparidad es el peso de la producción agropecuaria doméstica que se fluctúa entre dos extremos: Venezuela y México con una producción sectorial menor al 5% del PIB, mientras que para Nicaragua o Paraguay suele ser mayor al 30% (IICA, 2002).

Como conjunto podemos observar que entre 1980 y el año 2004, la participación del sector en el Producto Interno Bruto (PIB) de la región, no se modificó sustancialmente ubicándose en torno al 8% cifra que se mantiene actualmente. Pero en ese mismo lapso, el valor nominal de la producción a precios de mercado pasa de 86, 485, 345 miles de dólares a 169, 300, 074 miles de dólares; es decir, crece casi un cien por ciento.⁶

Lo que esa cifra no pone de manifiesto es que el volumen físico de la producción aumenta de forma extraordinaria. Tal incremento logra duplicar el prácticamente el valor nominal de la producción a pesar de que en ese lapso domina una tendencia a la caída en los precios de la mayoría de los productos nativos (Ocampo, 2003). Caída que es más pronunciada a partir de los noventa bajo la presión de alinear los precios domésticos con sus referentes externos, mientras avanzan los procesos de integración regional.⁷

Esa baja en los precios es determinante en el comportamiento del PIB agropecuario regional en el periodo, pues a pesar de la expansión sin precedentes de la cantidad de bienes llevados al mercado que se refleja finalmente en el aumento en el valor global de la producción, este indicador —como proporción—, apenas es semejante a la cifra del PIB global en los noventa (ver tabla 1). Más aún, si consideramos

⁶ Salvo indicación contraria, los datos que utilizamos provienen del documento de la CEPAL (2005).

⁷ La reducción de los precios de las materias primas y bienes alimentarios como tendencia, viene de por lo menos medio siglo atrás, pero se profundiza a partir de los ochenta cuando la sobreproducción mundial y el impulso al mercado libre abaten políticas nacionalistas.

los bienes agrícolas y pecuarios por separado, encontramos que son los segundos los que dictan el dinamismo sectorial (con un crecimiento medio anual de 3.9%), ya que la agricultura sólo crece a una media de 2.6% por año. Aquí cabe hacer la precisión de que en la década de los ochenta el desplome de la producción sectorial no fue tan agudo como en otras actividades porque el proceso de apertura no estaba tan avanzado. Además, el tipo de cambio dio ventajas a la región en el mercado externo, inhibió las importaciones y alentó la producción doméstica a través de la demanda.

TABLA 1
CRECIMIENTO MEDIO ANUAL DEL PIB GLOBAL Y AGRÍCOLA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

	1970–1980	1980–1990	1990–2000	2000–2004
PIB total	5.6%	1.1%	3.1%	0.4%
PIB agropecuario	3.5%	2.3%	3.1%	3.4%

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA CON BASE EN COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL) Y EL INSTITUTO AMERICANO DE COOPERACIÓN PARA LA AGRICULTURA (IICA) (2002) Y CEPAL (2005).

Es pertinente enfatizar que en el aumento espectacular del volumen de productos agrícolas desde los noventas —al que hemos hecho referencia—, aportaron explotaciones de diversos tamaños y características operativas; desde la gran empresa transnacional, hasta la mediana y pequeña unidad capitalista, así como las entidades de tipo campesino. Lo que es relevante si tenemos en cuenta que con el nuevo modelo agrícola se vaticinaba una participación contundente de los productores de gran escala. Y sin embargo, su participación ha sido más bien conservadora en la fase de producción directa. En cambio en la fase de provisión de insumos, transformación, e intermediación comercial y financiera, los grandes corporativos sí tienen una presencia sobresaliente, pues ahora mismo controlan el grueso de los cultivos tradicionales de la zona. Casos notables son el maíz, el trigo, la soja, el café, los cítricos, el plátano y el tabaco, donde su participación en los diferentes niveles de la cadena productiva es superior al 80% (Tarrío, Bórquez y Diego, 1999: 106). Condición que les confiere el poder de imponer precios, manipular la competencia e imponer reglas a un determinado ramo de la actividad económica (Murphy, 2006: 9).

Es en torno a estas corporaciones y las tramas agroalimentarias que organizan y comandan, que los productores con potencial exportador han buscado articularse de forma horizontal y vertical mediante contratos de transferencia tecnológica, de intermediación mercantil, inserción a las cadenas agroindustriales, etcétera. Porras Martínez (1998: 11) afirma al respecto que «En la medida en que la competencia se convierte en la principal norma de participación en el mercado, el segmento productivo

se dualiza entre aquellos con capacidad para afrontar las nuevas exigencias y los que no. Una capacidad competitiva que esta en función, en gran medida, de la posibilidad y habilidad de aliarse estratégicamente con los actores que actúan en el sector».

Las explotaciones de pequeña escala, por su parte, limitadas en apoyo público y activos financieros propios para potenciar la productividad, buscan compensar el desplome del precio de su producto aumentando la oferta cuanto les es posible, incluso a costa de su continuidad. Así lo documentan De la Barra y Holmberg (2000) en el caso concreto de los campesinos excedentarios y de subsistencia en la región de los Lagos de Chile, y Silvio Marzaroli (2002) en el texto *Los campesinos frente a los desafíos del siglo XXI*, en el que recoge las principales preocupaciones del Encuentro Mundial Campesino realizado en ese año. Ambos autores refieren a las respuestas individuales del campesinado para contrarrestar la reducción de sus ingresos monetarios llevando una mayor cantidad de artículos al mercado, un afán en el que sacrifican el nivel de satisfacción de sus necesidades, ponen en juego su escaso patrimonio o van degradando sus activos. Por supuesto, ambos hacen notar que sus estrategias rebasan al sector agropecuario y que, eventualmente, los ingresos derivados de otras actividades son los que hacen posible su subsistencia. «Todas estas formas de adaptación explican la formidable capacidad de resistencia de la agricultura campesina, que puede admitir niveles de remuneración del trabajo infinitamente más bajos que los de la agricultura empresarial». (Marzaroli, 2002: 10)

Sin duda, el incremento de la producción ha tenido que ver con mayores niveles de productividad en el campo como resultado de un intenso —aunque sumamente heterogéneo— proceso de adopción y adaptación de tecnologías que optimizan los factores tierra y trabajo. Un proceso que la CEPAL (2005: 81) califica modernización tecnológica vigorosa pero desigual. Lo que no podemos ignorar es que parte de ese éxito se funda en el aprovechamiento irrestricto de recursos naturales y humanos nativos.

La sobre explotación de los suelos y del agua y la omisión de reglas laborales mínimas en las faenas agrícolas como mecanismo adicional o alternativo para expandir los rendimientos, es una práctica sumamente común en la región (OIT, 2003), incluso en empresas sin problemas financieros. Y la razón es que este tipo de prácticas ofrecen ventajas por su carácter reversible, costo y lapso de aprendizaje, si se le compara con la introducción de recursos tecnológicos y biotecnológicos. Es así que apelando a los recursos abundantes de la región, ya sea por la vía de la restricción salarial o ahorro por concepto de renta del suelo, se puede aspirar a ofrecer un producto competitivo sin sacrificar utilidades. Por supuesto, el costo social y ecológico de estas medidas va en ascenso, y con frecuencia es denunciado por diferentes instancias nacionales e internacionales dado su carácter insostenible, irracional e inhumano (Pengue, 2004; OIT, 2003 y PNUMA, 2003).

En el indicador de productividad media, la más alta contribución corresponde a las explotaciones comprometidas en bienes de exportación relativamente reciente (como pimiento, cebolla, tomate, otras hortalizas, flores cortadas y algunas frutas), que

han mostrado una mayor disposición para adoptar nuevas tecnologías.⁸ También en estos casos, un factor de rentabilidad, es que este tipo de empresas han sido beneficiarias directas de los procesos regionales de liberación del mercado de tierras y aguas, accediendo por vía de compra o renta a recursos de excelente calidad y ubicación.

Por el contrario, en los cultivos tradicionales, sean estos para consumo doméstico o de exportación, la productividad ha crecido a un ritmo mucho menor.⁹ En el caso de los granos básicos, por ejemplo la escasez de activos para invertir suele ser el factor determinante del modesto crecimiento en productividad media. Y tratándose de las plantaciones de plátano, café, caña de azúcar, tabaco y cacao, se ha documentado ampliamente que en la posibilidad de recurrir a trabajo temporal, femenino, inmigrante e infantil, es un factor que atempera el incremento de la productividad por la vía de las innovaciones (Martínez Valle, 2004; De Grammont y Lara Flores, 2003; Marañón, 2003; OIT, 2005).

Cierto es que con el avance en productividad promedio que registró la agricultura en las dos últimas décadas, la brecha respecto a las actividades secundarias se acortó, pero todavía muestra un rezago importante. La productividad de la mano de obra agrícola no alcanza aún un tercio de la productividad de la mano de obra no agrícola, pero en 1970 la proporción era de una quinta parte (Dirven, 2004a: 24).

B). COMERCIO

Tal como ocurre con la producción, la importancia del comercio agropecuario oscila ampliamente por países; desde aquellos que reportan déficit en la balanza sectorial (México es el caso extremo) hasta aquellos donde las transacciones externas de bienes agropecuarios son el pilar en el saldo positivo global. En este extremo figuran Argentina y Brasil, seguidos de lejos por Colombia.

En términos generales tiene vigencia la vocación regional de insertarse a los flujos de comercio mundial con bienes primarios; la diferencia es que en los últimos lustros, lo que se percibe en el corto plazo como oportunidad de especialización,¹⁰ ejerce mayor influencia en la evolución de la producción sectorial. Otro rasgo de interés es que en la oferta agropecuaria regional aún dominan los bienes con escaso

⁸ Lo que no significa que renuncien a reducir costos laborales, pues de acuerdo a la OIT el crecimiento de las explotaciones agrícolas no tradicionales parece depender desde un principio de trabajadores estacionales, en su mayoría mujeres (2003: 17).

⁹ Hasta 1990, se calculaba que en un periodo de veinte años la productividad, medida en rendimientos por hectárea, creció en más de 40% para productos de reciente exportación, generalmente perecederos, mientras el resto —granos y productos tropicales— lo hizo sólo en 28% (CEPAL, 1995: 11).

¹⁰ En la literatura andina suelen llamarlas *ventanas de oportunidad*, por su carácter contingente (Enobi, 2004: 5).

valor agregado, si bien ahora tienen un componente tecnológico mayor por el empleo de agroquímicos y organismos genéticamente modificados.

En esta lógica de especialización y búsqueda de los mercados dinámicos (y/o emergentes), se puede apreciar que los productos pecuarios van ganando participación en el PIB sectorial en detrimento de la producción de alimentos (ver tabla 2). Éstos últimos, inclusive, reportan un crecimiento lento comparado con los forrajes. En el caso concreto de los cereales las desventajas de competir con países que constituyen potencias agroalimentarias (como Estados Unidos en el caso del maíz y sorgo, y China en el caso del arroz y trigo) han influido directamente en su modesto desempeño.

TABLA 2
EVOLUCIÓN DE LA PRODUCCIÓN AGRÍCOLA EN ALC

PERIODO	ESTRUCTURA PORCENTUAL				CRECIMIENTO MEDIO ANUAL		
	1980	1990	2000	2004	80's	90's	2000–2004
Maíz	6.1	5.3	6.0	5.9	1.0	4.4	3.0
Cítricos	4.1	4.7	4.7	3.9	3.7	3.2	-1.3
Soja	5.0	6.8	8.5	11.2	5.5	5.5	11.0
Hortalizas y melones	4.5	4.8	5.2	5.0	2.8	4.1	1.9
Caña de azúcar	8.5	9.4	7.5	7.6	3.3	0.9	3.5
Arroz	4.0	3.0	3.3	3.2	-0.6	4.0	2.8
Legumbres	2.1	2.0	1.7	1.6	2.0	1.0	2.4
Otras frutas	6.1	5.9	5.7	5.5	1.9	2.9	2.5
Bananos	4.1	3.9	3.3	3.0	1.9	1.5	0.9
Raíces y tubérculos	4.7	4.0	3.4	3.1	0.8	1.5	0.7
Café, verde	2.8	2.9	2.3	2.2	2.7	0.9	2.0
Trigo	2.7	3.0	2.5	2.4	3.2	1.3	2.5
Algodón	2.8	2.3	1.1	1.4	0.2	-4.3	11.1
Tabaco	1.6	1.2	1.1	1.3	-0.5	2.4	8.6
Cacao	0.5	0.4	0.2	0.2	0.2	-1.6	0.0
Remolacha	0.1	0.1	0.1	0.1	10.2	2.1	-5.1
Agricultura	59.7	59.7	56.8	57.7	2.3	2.6	3.9
Pecuarios	40.3	40.3	43.2	42.3	2.3	3.9	2.8

FUENTE: DATOS DE LA CEPAL (2005), CON BASE EN CIFRAS DE LA FAO, PARA 27 PAÍSES.

Entre los productos agrícolas destacados de la zona, la soja (forrajera e industrial) y el maíz (para consumo humano, uso industrial y ganadero) marcaron la pauta del crecimiento medio anual a lo largo de los noventa. Pero desde el año 2000 los cultivos que determinan que el índice de crecimiento agrícola vaya en ascenso, y con un amplísimo margen, son la soja y el algodón, seguidos por el tabaco. El resto de los productos, con excepción de los de origen tropical, tiende a declinar guiado por las *señales del mercado*.

Precisamente la balanza comercial positiva (ver tabla 3) parece bastar como prueba de éxito de la inserción regional en una economía globalizada y como testimonio de los aciertos en materia de liberalización comercial y reestructuración del aparato productivo. Empero, nuestra lectura de estos hechos apunta en un rumbo diferente:

TABLA 3
SALDO COMERCIAL AGROPECUARIO ALC
(MILLONES DE DÓLARES A PRECIOS PROMEDIO DEL PERIODO 1989–1991)

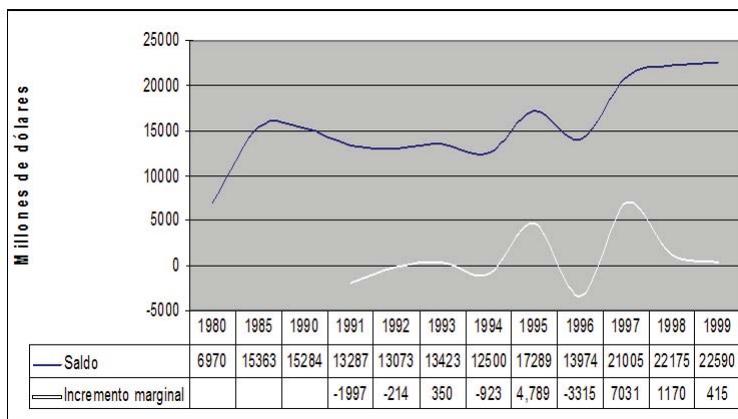
PAÍSES	1980	1985	1990	1995	1999
Total ALC	6.970	15.363	15.284	17.289	22.590
Argentina	4.046	7.823	6.483	7.626	10.831
Bahamas	-147	-161	-174	-161	-153
Barbados	2	-27	-45	-64	-68
Belice	26	22	25	29	37
Bolivia	-41	-99	109	137	240
Brasil	2.802	5,807	5.564	5.361	10.237
Chile	-372	175	679	400	-56
Colombia	1.410	1,232	1.883	1.363	2.014
Costa Rica	452	397	681	1.002	1.324
Ecuador	358	306	348	1.161	1.200
El Salvador	306	315	147	176	408
Guatemala	584	499	507	905	868
Guyana	151	127	66	198	217
Haití	-31	-55	-169	-297	-292
Honduras	669	634	556	361	52
Jamaica	-111	-75	-46	-60	-149
México	-2.283	-1.182	-2.299	-345	-3.792

Nicaragua	114	97	113	58	199
Panamá	116	140	161	20	-93
Paraguay	117	330	778	409	802
Perú	-366	-212	-304	-651	625
R. Dominicana	311	307	50	-147	-379
Suriname	15	26	-7	12	-2
Trinidad y Tobago	-167	-174	-138	-136	-137
Uruguay	240	352	637	711	863
Venezuela	1.228	1.309	-619	-779	-958

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A IICA / CEPAL (2002)

Primero. La balanza comercial sectorial en efecto reporta como totalidad un desempeño satisfactorio, pero al desagregar la información saltan a la vista dos hechos que son motivo de preocupación; uno de ellos es que año con año la escalada ascendente no se mantiene; los picos a favor están vinculados a coyunturas excepcionales de índole natural, mercantil e incluso política (Por ejemplo, alza en precios internacionales en momentos de escasez natural o inducida, o en momentos claves de las negociaciones comerciales multilaterales, como ocurrió a partir de 1995). Y como se puede observar, desde 1997 en que el incremento marginal alcanzó su punto mas alto no ha repuntado (Gráfica 1).

GRÁFICA 1
BALANZA COMERCIAL DE LA REGIÓN Y CRECIMIENTO MARGINAL POR AÑO



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA, EN BASE A CEPAL / IICA, 2002.

El otro es que el saldo positivo del conjunto se soporta en el potencial exportador de unos cuantos países (Argentina, Brasil y Colombia), cuya suma en los últimos años arroja una cifra mayor al superávit global de la zona, en comercio agropecuario. Al presentar las cifras como mérito de conjunto se subestima el déficit crónico de la mayoría de los países restantes, cómo puede corroborarse en la tabla 3. Y es que con la evolución de los precios internacionales, los ingresos netos de los países de la región por este concepto tienden a contraerse a pesar del aumento en los volúmenes exportados, pues su cuantía no es suficiente para compensar la declinación del valor unitario de la mayoría de los productos. Caso especial es México, que pierde su status superavitario en productos agropecuarios primarios, y aumenta considerablemente su déficit de productos elaborados (Salcedo y Bocchetto, 2006: 16).

Para corroborar que el esfuerzo exportador no ha cesado pero que ha sido infructuoso, basta observar las exportaciones en toneladas métricas, donde la balanza comercial por producto sí arroja un incremento espectacular desde 1980 y hasta fines de los noventa para oleaginosas, azúcar, café, tabaco, frutas y verduras. Y un incremento menor —pero en todo caso positivo— para papas y legumbres. Sólo los cereales, carne y algodón reportan números rojos. (IICA / CEPAL, 2002: 119 y 131).

Segundo: La diversificación productiva del conjunto también es sumamente discutible, si reparamos en que a final de cuentas, los productos que conforman la oferta agrícola regional terminan compitiendo entre sí, y con los de otras zonas también subdesarrolladas, por el mercado norteamericano o europeo. Recordemos en concreto que el café, caña de azúcar, frijol, soja y maíz son los productos fuertes de Brasil; soja y maíz en el caso de Argentina; frijol y maíz de México; y productos tropicales en los casos de Brasil, Centroamérica, los países andinos y México. Por lo mismo, la integración comercial al interior de la región en cuanto al intercambio de los bienes agrícolas entre sí tampoco ofrece un panorama positivo, ya que sus productos no son complementarios.

Mayor problema aún es que la pretensión de diversificar la oferta y procurar la especialización productiva bajo el criterio de las ventajas comparativas, nuestros países tienden a aplicarse en un número reducido de productos rentables cuya buena acogida en el exterior es una expectativa, nunca una garantía. Esto ocurre en particular en las economías pequeñas (Centroamérica, el Caribe y algunas del cono sur) que se tornan sumamente vulnerables a infinidad de factores que escapan de su control. Por ejemplo políticas restrictivas de las cuotas de importación por parte de los países receptores —como en el caso del banano—, medidas no arancelarias pero igualmente discriminatorias, el arribo de nuevos competidores, depresión de la demanda o sobreproducción.

Tercero: El esfuerzo institucional enfocado a las exportaciones opera en menoscabo de programas, proyectos y recursos públicos que otrora se destinaban a la generación de bienes agropecuarios para el mercado doméstico. La FAO (2005) ha corroborado que «el presupuesto hacia el campo ha bajado de US \$205 en el período 1985–1990 a US \$140 en el período 1996–2001. Es decir, cada habitante del campo latinoamericano percibe en promedio menos dinero que hace 15 o 20 años». Un proceso que transcurre acompañado de: a) La inclinación por adquirir en el exterior bienes primarios de consumo básico —especialmente cereales, legumbres, lácteos y papas— a precios y en cantidades que desalientan la producción nativa, y b) la diligencia de los gobiernos locales para acelerar el proceso de desgravación arancelaria.

El mercado latinoamericano registra en los últimos años los aranceles más bajos de todas las regiones en desarrollo (CIEPAC, 2003: 7): De conformidad a la reglamentación, el promedio del arancel agrícola para los países en desarrollo es de 59%, en tanto para la región la media es de 40% (desde 25% en Chile hasta 52% en Colombia). Sin embargo en los hechos, la media para las zonas en desarrollo se ubica cerca del 21%; mientras para la región es de 14% (desde 9.8% en Chile a 20% en República Dominicana). La diferencia entre el arancel formalmente establecido y el que rige en la práctica se ha relacionado con vicios institucionales y limitaciones de los gobiernos involucrados para el manejo adecuado de los tratados comerciales, y entre sus secuelas figuran una administración deficiente de las cuotas de importación, contrabando técnico (importación de un producto bajo una fracción arancelaria diferente a su fracción real) y *dumping*. Todos los anteriores fenómenos regulares en el comercio internacional agropecuario (Salcedo, 2006).

El corolario ha sido un déficit neto en el abasto interno de alimentos, que se resuelve sistemáticamente por la vía de las importaciones, imprimiendo a este indicador un crecimiento medio anual a razón de 8.6%. Y aunque se podría alegar que la demanda interna efectiva —que en teoría económica está determinada por el crecimiento de la economía, la distribución del ingreso y el empleo— se ha contraído en la generalidad de los países de la región, tratándose de bienes del rubro alimentario la contracción del mercado doméstico suele ser menos aguda. Para mejor ilustrar el ánimo importador de nuestros gobiernos obsérvese que el ritmo de crecimiento del PIB ha sido sostenido a lo largo de estos años, pero figura modestamente frente al dinamismo de las exportaciones, y aparece como un incremento raquíutico si lo comparamos con el ritmo seguido por las importaciones (tabla 4); ello haciendo abstracción del indicador demográfico, que en el lustro 1995–2000 crecía a un promedio de 1.6% por año.

TABLA 4
 IMPORTACIONES, EXPORTACIONES Y PRODUCCIÓN GROPECUARIA EN ALC
 CRECIMIENTO MEDIO ANUAL (1980–2000)

	1980–1990	1990–1995	1995–2000	1990–2000
Exportaciones	3.3%	6.0%	6.8%	6.4%
Importaciones	–0.9%	10.2%	6.7%	8.6%
PIB sectorial	2.3%	3.6	2.7	3.1%

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA EN BASE A CEPAL / IICA, (2002) Y CEPAL (2005)

Por cierto, uno de los objetivos de la reestructuración productiva en el que sí se ha avanzado de manera sustantiva, ha consistido en minar gradualmente la base productiva e institucional que décadas atrás hizo posible la soberanía alimentaria de muchos de nuestros países. De lo que resulta que las importaciones agroalimentarias están dejando de ser una opción, o una práctica conveniente y cotidiana, para constituir una necesidad estructural por el desplazamiento irreversible hacia otros cultivos.

En base a esta información creemos que el optimismo en torno al comercio exterior agropecuario es injustificado, y lo que sigue es cuestionarse si conviene seguir señalando a la empresa agrícola y sus vínculos con los mercados internacionales como *el camino por excelencia* para crecer y dejar atrás el subdesarrollo.

C). ASIGNACIÓN TERRITORIAL EFICIENTE

Restan por revisar los alcances de las políticas de *contrarreforma* agraria y de *reforma agraria de mercado*¹¹ forjadas para alentar una mejor asignación del recurso territorial e hídrico hacia las explotaciones más rentables. Políticas que, en términos del Banco Mundial, tienen sentido para lograr *la «eficiencia alocativa»* los factores productivos (CLOC, 2004: 12).

Sobre este componente de la reconversión productiva regional, el Banco Mundial (2003) afirma que los *mercados de tierra abiertos y dinámicos* que se esperaba multiplicar en poco tiempo no son un fenómeno generalizado, pues el ritmo

¹¹ Conocida también como «reforma agraria asistida por el mercado» (*Market assisted land reform*) a iniciativa del Banco Mundial se promovió con poco éxito en varios países de centro y Sudamérica, mediante el establecimiento de fondos para financiar la adquisición de tierras o regularizar su propiedad.

de transferencia de la propiedad de bienes rústicos ha sido lento. Y subraya que al margen de los países del sur del continente, —caracterizados varios de ellos por el desenvolvimiento temprano y acelerado de las relaciones capitalistas en el agro, como Argentina y Uruguay—, en materia de movilidad territorial no se han cumplido las expectativas.

Personalmente, creemos que resulta más preciso hablar de procesos aislados de reconcentración del suelo en prácticamente todos los países, pero que se restringen a espacios excepcionalmente atractivos por sus atributos naturales o de tipo institucional, como la infraestructura o localización. En estas zonas —en efecto— la presión por el suelo ha crecido aumentando el comercio legal de predios, pero además es la ocasión de conflictos y despojos. A lo que cabe agregar que una fracción importante de la tierra comprometida en estas transacciones se destina usos no agropecuarios (CERAI, 2006: 149).

La emigración de la población rural tiene en alguna medida ese origen, pero no se debe pasar por alto que también se nutre de otras fuentes, como son: la ruina de la agricultura familiar acelerada por la apertura de los mercados y el abandono de políticas de fomento al sector campesino (Acosta, 2003: 28); la excesiva parcelación de los predios; el deterioro del suelo por el monocultivo y el abuso de fertilizantes no orgánicos, y desde luego la pobreza extrema vinculada a la falta de oportunidades laborales. Contribuye también al desplazamiento intra regional la violencia que implica el cultivo de enervantes y los conflictos armados, en particular en la zona andina y parte de América Central (Banco Mundial, 2004: 25).

Ante un mercado de *venta de tierras* moderado, una opción suplementaria para cumplir el objetivo de «transferir la tierra de los productores menos eficientes a los más eficientes» son los mercados de arrendamiento. La FAO (2002: 3 y 5), argumenta a favor de esta propuesta del Banco Mundial que en la región latinoamericana «... el mercado de arrendamiento de tierra es bastante pequeño e irrelevante, lo que contrasta marcadamente con el tamaño de tales mercados en otras partes del mundo. La información censal indica que en Latinoamérica cerca del 10% de la tierra se arrienda, en comparación con 20 a 30% en Asia, 40% en los EUA y hasta 67% en Bélgica». Y además agrega que esta opción, bajo condiciones de mayor certidumbre, ofrece «una alternativa de acceso a la tierra para los pobres rurales (y así reducir los niveles de pobreza que afectan esta población)».

Lo cierto es que las políticas enfocadas a impulsar la venta o renta de tierras, han servido por igual a sentar las bases institucionales y jurídicas para profundizar en la concentración de la propiedad rústica; dar libertad a la empresa privada para administrar el usufructo de recursos hidráulicos y territoriales bajo criterios distintos al interés social, y permitir el control directo o indirecto de esos recursos. Y hablamos

de profundizar la concentración del suelo porque no podemos ignorar que la ola de reformas agrarias de los sesenta no resolvió la polarización latifundio–minifundio típica de los países latinoamericanos.¹² Se mitigó en algunos casos la desigualdad, mientras en otros países no fue más allá de sonados pronunciamientos políticos y legislativos (Arruda, 2005:16).

Más tarde, y a pesar de esa desigualdad inicial, en las dos últimas décadas los Gobiernos locales han trabajado activamente, asesorados por organismos internacionales, para arrojar al mercado las tierras de propiedad colectiva, cooperativa o comunitaria (Mendes Pereira, 2005:1–2). Entonces no es casual que para fines de la década de los noventa la concentración de este recurso ascienda a .87 en el índice de Gini de la tierra (Rey de Marulanda y Guzmán, 2003: 8). Y como modelos extremos de esta condición figuran son Chile y Paraguay. En el primero, los pequeños productores independientes perdieron del año 1992 al 2002 dos millones de hectáreas a favor de la gran explotación; y para ese año el 1% de las unidades productivas captaba el 73% de la superficie agraria y forestal (CLOC, 2002: 2). Y en Paraguay más del 50% de la propiedad rural está hoy en manos de extranjeros (Amorin, 2004).

Pero de vuelta en el punto, podemos señalar, por lo menos dos razones de peso que sin ser exclusivas sí contribuyen a explicar por qué en el rubro de la reasignación del suelo no se han cumplido aún las expectativas del Banco Mundial. Una de ellas es que la unidad productiva extensiva en tierra ya no se vincula necesariamente a un rango mayor de rendimientos y utilidades, en razón del factor tecnológico y biotecnológico. Y la otra razón es la persistencia de un sector mayoritario de productores rurales de tipo campesino que a pesar de haber perdido rentabilidad se resisten a abandonar su tierra; víctimas del mercado que los margina se repliegan al autoconsumo y se inclinan para subsistir por actividades diferentes a la explotación de su predio (Dirven, 2004b).

El hecho es que hoy día, en gran parte de la región latinoamericana las unidades productivas de tipo doméstico o campesino —a pesar de su fragilidad y la pobreza que las caracteriza— siguen ocupando gran parte del territorio, aunque por cierto no es el de mejor calidad. Recientemente funcionarios de la CEPAL y la FAO (Dirven y Da Silva 2006), nos recuerdan que «en América Latina, la agricultura familiar campesina representa en promedio 63 por ciento del total de las explotaciones agrícolas. En Ecuador, 91 por ciento de las 843 mil fincas agropecuarias corresponden a este sector.

¹² De acuerdo al Censo Mundial de Agricultura de la FAO, de 1970 a 1979 la media del coeficiente Gini de la tierra para América Latina, se ubicó cerca del 0.82 (Rey de Marulanda y Guzmán, 2003: 8), situando a la región como la mas desigual en este rubro. Recordemos que este índice capta la concentración de la tierra en una escala del cero al uno, de menor a mayor concentración del recurso, respectivamente.

Y en Perú, 80 por ciento de un total de 1,6 millones». Lo que no ha sido obstáculo para que la producción se realice bajo la supervisión, encargo o financiamiento de la gran empresa agroindustrial, intermediaria o comercializadora, si es que las utilidades lo ameritan. Como ocurre en Ecuador, donde los extranjeros están legalmente impedidos para poseer terreno agrícola, pero igualmente captan y comercializan en el mercado externo el grueso de la cosecha de plátano, su cultivo más importante (Lobe, 2005: 2).

Vale la pena referirse en particular al caso argentino, que desde de los noventa ha mostrado un cambio radical en la estructura de la propiedad a favor de las grandes firmas agroalimentarias y en detrimento de la producción familiar. Al respecto, Marcelo Sili aporta información valiosa sobre el cambio en el uso del suelo, así como de la creciente especulación inmobiliaria agropecuaria y urbana que protagonizan tanto empresas nacionales como extranjeras (2005: 29–30). Este autor nos ofrece evidencias sobre la concentración del suelo por las grandes empresas agropecuarias (mayores a cinco mil hectáreas) después del plan de convertibilidad: «Por ejemplo, el grupo CRESUD ha pasado de veinte mil hectáreas productivas de septiembre de 1994 a trescientos cuarenta mil en febrero de 1996... No obstante, si bien la compra de tierras fue general en todo el país, las áreas más demandadas fueron las de alto valor productivo (zonas de viñedos, región pampeana, valles) o de alto valor paisajístico y ambiental (cordillera de los Andes, litoral atlántico)».

Por las condiciones excepcionales del territorio argentino, la reestructuración agropecuaria sí ha dado lugar a un aumento las explotaciones agrícolas de tipo extensivo, pero que no corresponden a mayores oportunidades laborales por los nuevos patrones tecnológicos y modelos de gestión empresarial. Así que en este país, que opera de lleno en la lógica de los agronegocios «se estima que el 50 % de la superficie pampeana ya no es trabajada por los productores dueños de la tierra, sino por grandes contratistas y 'pools de siembra'». (Sili, 2005: 31). Y un motivo adicional de alarma es que esta racionalidad empresarial ha llevado a zonas tan fértiles como la pampa argentina a abocarse al cultivo de soja.

La porción del territorio latinoamericano que se destina al cultivo de soja va en ascenso. Es el producto más activo en crecimiento anual por su valor, pero además avanza geográficamente sobre todo entre los países que integran el MERCOSUR. Brasil y Argentina ocupan respectivamente el segundo y tercer lugar en la producción mundial de soja luego de Estados Unidos, y hay previsiones de que en los próximos años la rentabilidad relativa de esta leguminosa seguirá motivando el cambio en el uso del suelo y la apertura de nuevas áreas al cultivo. Se trata, por cierto de soja genéticamente modificada que se produce a partir de un paquete tecnológico que incluye la semilla conocida como *Roundup Ready*, patentada por la empresa Monsanto.

Sobre este organismo genéticamente modificado (OGM) diversas instancias no gubernamentales —centros de investigación, organizaciones ciudadanas que trabajan por el equilibrio ecológico y los derechos humanos, etcétera— han denunciado con insistencia que implica un alto riesgo para la salud y la vida del trabajador por el uso excesivo y sin protección adecuada de glifosato, agroquímico que daña irreversiblemente el suelo y altera el equilibrio ambiental *in situ* y zonas aledañas. También porque tratándose de un producto para uso forrajero, suele destinarse al consumo humano —inclusive infantil— en programas de combate a la pobreza extrema en varios países de la zona (Bárcena, Katz y otros, 2004).

IV. Balance social

Una vez revisados algunos aspectos claves del acontecer agrícola regional disintimos de festejar las cifras del conjunto mientras se soslayan los costos del ajuste estructural y de las políticas neoliberales en el medio rural. Un punto en el que tenemos que coincidir es que los datos sectoriales sobre el aumento global en la producción y productividad, así como en la balanza comercial del conjunto son positivos. Y que, en efecto, son evidencia del enorme esfuerzo de las diferentes categorías de productores por adscribirse a las nuevas reglas del juego. En ese sentido el desempeño es digno de reconocimiento, si bien deslucido al desembocar en valores monetarios modestos debido a la contracción de los precios.

Empero, al desagregar la información fue posible apreciar que sólo países como Chile, Brasil, Argentina o Colombia, por diferentes razones de índole natural e institucional, han tenido hasta ahora la capacidad de responder positivamente al reto de exportar más y mejor. Sus logros son efecto de severos ajustes a su patrón de cultivos, innovaciones tecnológicas, novedosos métodos de gestión empresarial, entre otras prácticas que, sin embargo, se pueden cuestionar severamente desde la dimensión social, ecológica y en términos de soberanía alimentaria. Ahí, como en otros polos agropecuarios muy dinámicos del subcontinente (como son los casos del noroeste mexicano, el resto de la región pampeana en Paraguay y Uruguay, o Costa Rica) el esquema de los agronegocios encontró condiciones inmejorables para avanzar con rapidez; pero ese esplendor no ha estado exento de graves contradicciones. Y uno de los aspectos más dolorosos es la cuestión laboral.

En esas zonas prósperas y altamente competitivas, los trabajadores agrícolas se aplican al aumento de la producción y productividad en detrimento de sus ingresos, su salud e incluso poniendo en riesgo su vida. Es bien conocido que un segmento importante de los asalariados del campo se distingue por ser de origen étnico y/o

inmigrante, del sexo femenino e incluso menores de edad. Condiciones que dan la pauta para que el empleador directamente o por la vía de un intermediario, fije a su antojo los salarios y establezcan relaciones laborales desventajosas.

La gravedad del caso ha llevado a la OIT a sostener que en América Latina, como en otras zonas del mundo, la mundialización ha sido causa de una *degradación de las condiciones económicas, sociales y políticas del sector*. Y se refiere en concreto a «la creciente precarización y el empobrecimiento de la fuerza laboral agrícola que afectan en particular a las mujeres». (2003: 1) Asimismo, señala que es persistente la violación de otras normas fundamentales del trabajo como el empleo de mano de obra infantil ampliamente difundido, el trabajo forzoso y en condiciones de servidumbre.

En ese sentido, este prestigiado organismo multilateral, caracteriza las relaciones salariales agrícolas como deficitarias en términos de *trabajo decente* destacando: La extrema vulnerabilidad de los trabajadores y trabajadoras agrícolas migrantes, especialmente los que son víctimas de trata; elevados e inaceptables niveles de decesos, heridas y enfermedades entre los trabajadores agrícolas; la falta de una protección abarcadora de la seguridad social, ya sea en términos de acceso a la atención médica, compensación por heridas o incapacidad, protección de la maternidad o derechos en materia de jubilación. (OIT, 2003: 2)

Estas y otras prácticas extendidas en la región, como la propensión a emplear trabajo temporal en detrimento del de tipo permanente (Kay, 1997), o el uso de paquetes tecnológicos que significan elevados riesgos para la salud tanto para el trabajador como para las poblaciones aledañas, nos obligan a cuestionar la racionalidad del modelo agro exportador que al poner en el centro de sus prioridades el crecimiento y la ganancia, niega sistemáticamente valores como la equidad social, el derecho a una vida digna o las más elementales reivindicaciones del ser humano.

Sumado a los reproches que puedan hacerse al modelo de agro negocios en términos de calidad en el empleo, tampoco se puede decir que éste haya tenido un impacto positivo neto sobre la cantidad de trabajo ofertado, pues persiste en el agro la tendencia histórica a la baja en población ocupada tanto en términos absolutos como relativos. De acuerdo al más reciente reporte de la CEPAL (2005: 68 y 69) la ocupación en la agricultura se sitúa alrededor de los 43 millones de personas, y desde principios de los noventa registra una contracción de 0.2% anual en promedio. Sin olvidar el hecho de que en la región latinoamericana la mayor parte de este trabajo no se adscribe a relaciones salariales (Acosta, 2006: 35).

En cuanto a la calidad de vida de la población que habita en el medio rural, Silvia Ribeiro, del grupo *Action Group on Erosion, Technology and Concentration* (ETC) hace notar que la mayor parte de esos 43 millones de personas que trabajan directamente en la agricultura son pobres (2006) de acuerdo al criterio trazado por el Banco Mundial.

Por su parte, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola reconoce que en la zona hemos pasado de 59.9% a 63.7% en pobreza rural, y que en las comunidades rurales esta condición es más aguda que en las urbes. Y más adelante detalla que en «los países en que la pobreza rural ha disminuido estadísticamente hablando, ello se explica principalmente por la emigración de los pobres rurales a las ciudades, donde ingresan al contingente de los pobres urbanos». (Berdegué, 2003: 9).

Otros organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), coinciden en que las actividades no agrícolas y las remesas han pasado a ser la fuente de ingresos más importante para los campesinos pobres, y en algunos países, la fuente de ingresos más atractiva es el cultivo de estupefacientes.

En otro orden de ideas podemos concluir que la estructura productiva en la agricultura no es hoy más competitiva como conjunto: el segmento de productores de cada país que en este momento está vinculado con ventajas al mercado externo es minoritario respecto a la multitud de unidades productivas que han quedado al margen de esa posibilidad. En el polo opuesto, el sector más numeroso de explotaciones agrícolas —de tamaño medio, pequeño y de tipo campesina— participa escasamente de las políticas públicas de fomento productivo, y sobra decir que la mayor parte no cuenta con recursos propios para emprender por su cuenta la reconversión. Más aun, conforme avanzan las *reformas estructurales*, se impone la austeridad en las instituciones públicas por razones de *equilibrio financiero* y el mercado se consolida como *la vía privilegiada* para acceder a la tierra y otros medios que hacen posible la producción, es más remota esa transición.

En estas condiciones, el progreso de la apertura comercial al interior de la zona y hacia el exterior no es halagüeño el acceso formal a numerosos mercados es un enunciado sin sustento objetivo para el productor promedio. Lo que es una realidad, es que en los mercados domésticos la participación de un gran número de proveedores nativos está amenazada frente al crecimiento de las importaciones de granos básicos y oleaginosos, principalmente. Y no podría ser de otra manera porque cualquiera sea el producto, la competitividad y permanencia de una entidad económica en el mercado están en relación con el uso de paquetes tecnológicos e insumos industriales accesibles sólo para las empresas solventes.

De ahí que el panorama que se vislumbra no es optimista, pues la competencia en condiciones de desventaja y el predominio creciente de las corporaciones en todos los niveles de la producción agroalimentaria permite prever una mayor exclusión del mercado interno. Esto significa llanamente, que la agricultura queda descartada como el medio de vida para millones de productores, abonando la pobreza rural. Un espectro que nos lleva a concluir que la cara oculta del modelo de los agro negocios

consiste en la radicalización de la estructura productiva regional, donde el sector más amplio de entidades productivas —explotaciones de mediana y pequeña escala, de tipo capitalista y campesino— va cediendo su espacio en los mercados a una elite de empresas y corporaciones que participan en los diferentes niveles de las cadenas agroalimentarias.

Un agravante es que los países que en mayor medida dependen de la agricultura (en relación al PIB global, comercio exterior y población económicamente activa), son precisamente los que menos preparados se encuentran para hacer frente a la competencia; aunado al hecho de que sus gobiernos carecen de recursos, estrategias propias y de voluntad para impulsar la transición en un rumbo diferente.

Referencias bibliográficas

- Acosta Reveles, Irma Lorena (2003), *Influencia del neoliberalismo en la dialéctica del campesinado. Experiencia de México*, LVII Legislatura del estado de Zacatecas y Maestría en Ciencia Política, México. 103 p. Primera Edición electrónica (2006) disponible en www.eumed.net/libros/2006b/ilar/ Consultado 12/09/2006.
- Acosta Reveles, Irma Lorena (2006). «Algunas consideraciones para entender el curso de la relación capital–trabajo en la agricultura latinoamericana» en *Revista Trabajadores*, Universidad Obrera de México. Número 53, Año 10. Disponible en: <http://www.uom.edu.mx/trabajadores/53acosta.htm> Consultado 18/09/2006.
- Arruda Sampaio, Plinio (2005). «La reforma agraria en América Latina, una revolución frustrada». En *Revista Osal* número 16 Año 6, enero–abril. pp. 15–22.
- América Latina en Movimiento (2003). *Agricultura: dobles estándares y pobreza*. Convenio La Juventud 2003/05/30. Disponible URL de ALAI : http://www.alainet.org/active/show_text.php3?key=3878 Consultado 24/12/2004.
- Amorín, Carlos (2004). «Paraguay: campesinos sin tierra, sin agua y sin cielo», en *Fondo documental del Foro Mundial sobre la Reforma Agraria (FMRA)* Disponible en: <http://www.rebelion.org/sociales/040523amorin.htm> Consultado 22/06/2005.
- Aparicio Susana y Roberto Benencia (1997). «Empleo Rural en la Argentina. Viejos y Nuevos Actores Sociales en el mercado de trabajo». *Ponencia presentada en el seminario «Empleo rural en tiempos de flexibilidad»*. Buenos Aires.
- Banco Mundial (2003) *Land policy in Growth and Poverty Reduction*. WB, Washington D.C. p. 288.
- Banco Mundial (2004). «El papel de la tierra en el desplazamiento forzado», Capítulo 2 de *Colombia: Una política de tierras en transición*. Documento elaborado por el Banco Mundial. CEDE. 2004–29, Universidad de los Andes. pp. 25–42.

- Barcena, Alicia; Katz, Jorge; Morales César y Schaper, Mariane, (2004). *Los transgénicos en América Latina y el Caribe: un debate abierto*. Libros de la CEPAL, número 78. Santiago de Chile. División de Desarrollo Sostenible y Asentamientos Humanos de la CEPAL 396 p.
- Berdegué, Julio, Campaña, Pilar y otros autores (2003). *El FIDA en América Latina y el Caribe: Lecciones de 25 años e ideas para el futuro*. México, Publicado por FIDAMÉRICA. Roma, Italia. 72 p.
- Bengoa, José (2003). *25 años de estudios rurales*. *Revista Sociologías* no. 10, Año 5. Porto Alegre, Brasil pp. 36–98. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/soc/n10/18716.pdf> Consultado 2/10/2006.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), (1995). «Senderos tecnológicos y apertura de los mercados agrícolas en América Latina y el Caribe» en *Cuadernos de la CEPAL*, número 76. Santiago de Chile. 29 p.
- CEPAL / FAO (1997), «La apertura económica y el desarrollo agrícola en América Latina y el Caribe» en *Cuadernos de la CEPAL*, número 81. Publicado por CEPAL y Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- CEPAL / IICA, (2002). *Panorama de la Agricultura de América Latina y El Caribe 1990–2000*, Publicado por CEPAL e IICA. Santiago de Chile. 220 p.
- CEPAL (2005). *Panorama 2005. El nuevo patrón de desarrollo de la agricultura en América Latina y el Caribe*. CEPAL–Naciones Unidas. Santiago de Chile. 142 p.
- CERAI, Centro de Estudios Rurales y de Agricultura Internacional (2006). «Memorias del Foro Mundial de Reforma Agraria», realizado del 5 al 8 de diciembre del 2005 en Valencia España. 194 p.
- Chonchol, Jacques (2003). «Más allá del ajuste en América Latina y el Caribe, Desarrollo rural», en *Revista electrónica Hoja a Hoja* números 12 y 13. Santiago de Chile. Disponible en: www.maela—net.org/hoja_a_hoja/rev_13/9_desarrollo_rural.htm Consultado 12/12/2004.
- Chonchol, Jacques (2004). «Globalización, pobreza y agricultura familiar en América Latina». En CERAI, *Memorias del Foro Mundial de Reforma Agraria*, 5 al 8 de diciembre, Valencia España. pp. 41–47.
- CIEPAC (2003). *Comercio con justicia para las Américas. Agricultura, Inversiones y Propiedad Intelectual, tres razones para decir no al ALCA*. Oxfam Briefing Paper núm. 37. Disponible en http://www.oxfam.org/es/files/pp210103_37_FTAA.pdf/download. Consultado el 29/07/2006.
- CLOC (2002). *La realidad rural de Chile*. Confederación de trabajadores forestales de Chile. Santiago de Chile. Disponible en: http://movimientos.org/cloc/show_text.php3?key=270, consultado el 28/06/05.
- CLOC (2004). *Comentario sobre la política de tierra y desarrollo rural del banco mundial*. Disponible en URL: http://movimiento.org/cloc/show_text.php?Key=2714. Consultado 12/03/2004.

- De la Barra A., Rodrigo y Holmberg F., Germán. 2000. Comportamiento económico y productivo de sistemas campesinos en condición de excedentariadad y subsistencia: estudio de caso. En *Agricultura Técnica*, vol.60, no.1, Chile. pp. 52–61.
- De Grammont, Hubert y Lara Flores, Sara María (2003). «Jornaleros agrícolas y migración temporal», en revista *Este País*, número 148 (julio), México. pp.63–68.
- Dirven, Martine. (2004a). «El empleo rural no agrícola y la diversidad rural en América Latina», en *Revista de la CEPAL*, número 83, Agosto 2004. Santiago de Chile. pp. 49–69.
- Dirven, Martine (2004b). *Alcanzando las metas del milenio: una mirada hacia la pobreza rural y agrícola*, Serie Desarrollo Productivo núm. 146. Publicado por la CEPAL Santiago de Chile. 57 p.
- Dirven, Martine y Da Silva, Graciano (2006). «El futuro de la Agricultura Familiar: Las grandes líneas del debate a nivel mundial y estado de la situación en América Latina». Presentación en el Seminario Internacional *Desafíos para enfrentar el presente y futuro de la agricultura familiar campesina*. Organizado por el Ministerio de Agricultura de Chile y el Grupo Inter gerencial de Desarrollo Rural y el 3 y 4 de Octubre, Santiago de Chile.
- Enobi, Paul N. (2004). «Perú, Reforma agraria dura de sembrar» en *Fondo documental de Foro Mundial sobre la Reforma Agraria*. Disponible en www.fmra.org/archivo/enobi.pdf Consultado 02/02/2005
- FAO (2002). *Arrendamiento de tierras en América Latina: Una alternativa de Acceso a la tierra para los pobres rurales*. Análisis de la legislación de trece países y evidencia empírica de Estudios de caso en cuatro países de la Región, Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile. 35 p.
- FAO (2005). *Base de Datos sobre Gasto público en los campos latinoamericanos*. Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe. Disponible en: <http://www.rlc.fao.org/prior/desrural/gasto/temas.htm> Consultado 30/08/2006.
- Figueroa Sepúlveda, V. Manuel (2003). «América Latina: La actualidad del imperia- lismo, la actualidad de la crítica», en Figueroa, V. Manuel, (Coordinador.) *América Latina en la crisis del patrón neoliberal de crecimiento*. México, Coedición, Tribunal Superior de Justicia de Zacatecas y Unidad Académica de Ciencia Política UAZ. México. pp. 13–45.
- Flores de la Vega, Margarita (1999). «La agricultura en América Latina: situación y perspectivas», en *Revista Estudios Agrarios*, Número 12, mayo–agosto. México. pp. 225–248.
- Fritscher Mundt, Magda, (2004) «El tema agrícola en las disputas multilaterales: fracasos de la OMC» en Del Valle, Rivera, María del Carmen (Coord.), *El desarrollo agrícola y rural del tercer mundo en el contexto de la mundialización*. México. Coedición. IIES de la UNAM, Plaza y Valdés.

- García Pascual, Francisco. (2002). «Balance del sector agrario latinoamericano en las dos últimas décadas (1980–2002): el ajuste estructural permanente en la era de la globalización». Ponencia presentada en el *Tercer Congreso Europeo de Latinoamericanistas: Cruzando Fronteras en América Latina*, Organizado por CEDLA–CEISAL. 2 al 6 de julio. Ámsterdam.
- Gordillo, Gustavo y Boening, Frank (2000). *El acceso a la tierra en América Latina en la década de los noventa*. Documento de trabajo para la II Conferencia Electrónica: Reformas Agrarias y Mercados de Tierras, organizada por el Grupo Chorlaví del 17 de Julio al 30 de Agosto. Disponible en: <http://www.grupochorlavi.org/php/doc/documentos/acceso.html>.
- Herrera, Adriana (1996). «Mercados de tierras en América Latina: su dimensión social». *Acervo documental del Departamento de Desarrollo Sostenible de la FAO en línea*, disponible en www.fao.org/sd/SPdirect/LTan0003.htm. Consultado 29/07/2006.
- Hiedrich, Pablo y Oliveira, Glauco (2005). Negociaciones entre MERCOSUR y la Unión Europea» en *La Chronique des Amériques No. 30, del L'Observatoire des Amériques*. Centro de Estudios Internacionales y Mundializaciones (CEIM), Québec Montreal, Disponible en: http://www.ameriques.uqam.ca/pdf/Chro_0530_Heidrich.pdf Consultado 29/07/2006.
- Kay, Cristobal (1997). «Latin America's Exclusionary Rural Development in a Neo-Liberal World». Ponencia presentada en el seminario de la *Latin American Studies Association (LASA)*.
- Lobe, Jim (2005). «Ecuador: El infierno del banano» En Periódico digital TIERRAMÉRICA, Medio Ambiente y Desarrollo. Disponible en: <http://www.tierramerica.net/2002/0428/noticias2.shtml> Consultado 29/07/06.
- Marañón Pimentel, Boris (2003). «Agroexportación no tradicional en El Bajío, México. Mercados de trabajo, competitividad y equidad». Ponencia presentada en Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Arequipa Perú.
- Martínez Valle, Luciano (2004). «Trabajo flexible en las nuevas zonas bananeras de Ecuador» en Korovkin, Tanya (Comp.) *Efectos sociales de la globalización. Petróleo, banano y flores en Ecuador*. CEDIME / Abya, Yala, Quito, Ecuador.
- Marzaroli, Silvio (2002). «Los campesinos frene a los desafíos del siglo 21» *Pliego de propuestas del Comité de Coordinación del Encuentro Mundial Campesino*, COPROFAM. Uruguay. 31 p.
- Mendes Pereira, João Márcio (2005). *The World Bank's contemporary agrarian policy: aims, logics and lines of action*. Versión condensada de ponencia presentada en el grupo de trabajo «Desarrollo Rural, globalización y crisis», del xxv Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, en Porto Alegre, Brasil. Disponible en: <http://www.landaction.org/gallery/WBcontemporaryAgrarianPolicy3.pdf>

- Montenegro Gómez, Jorge (2002). «La actualidad del conflicto entre el capital y el trabajo en el medio rural brasileño», en *Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, España.
- Murphy, Sophia (2006). «Concentrated market power and agricultural trade» en *Eco-fair trade dialogue, Discussion papers*, No. 1, Agosto, English version. Heinrich Böll Foundation. 41 p.
- Ocampo, José Antonio y Parra, María, Ángela (2003). «Los términos de intercambio de los productos básicos en el siglo XX» en *Revista de la CEPAL*, número 79. Santiago de Chile. pp. 7–35.
- OIT, Organización Internacional del Trabajo, (2003), «Trabajo decente en la agricultura». Documento de información. IWS/DWA / 2003. Coloquio Internacional de Trabajadores sobre el Trabajo Decente en la Agricultura. Ginebra, 15–18 de septiembre. 99 p.
- OIT (2005). *Panorama Laboral 2005, América Latina y el Caribe*. Avance primer semestre. Oficina Regional para América Latina y el Caribe. Lima: OIT, 2005. 118 p.
- Pengue, Walter Alberto (2004) «La transnacionalización de la agricultura y la alimentación en América Latina» Informe Regional, resumen ejecutivo del proyecto del mismo nombre coordinado por GRAIN del 2001 al 2003. Publicado por REDES–AT Uruguay. Disponible en: http://www.grain.org/briefings_files/transnacio.pdf Consultado 12/09/2006.
- Petras, James (1998). *Política Agrícola de los Estados Unidos de América Hacia Latinoamérica*. Ponencia del XVIII Seminario Internacional de Economía Agrícola del Tercer Mundo, organizado por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, publicada por Rebelión. Disponible en: <http://www.rebellion.org/petras/seminario301202.pdf> Consultado 24/12/2004.
- PNUMA (2003). «Estado del medio ambiente en América Latina y el Caribe». 1972–2002. en *CEO, América Latina y el Caribe. Perspectivas del Medio Ambiente*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, Oficina Regional para América Latina y el Caribe (ORPAL) y División de Evaluación y Alerta Temprana (DEAT) pp. 40–52. Disponible en: http://www.onu.org/cu/uunn/sistemas/geo4_2.pdf Consultado 01/07/2006.
- Porrás Martínez, José Ignacio (1998). *Reformas Estructurales de Mercado, Institucionalidad y Dilemas en la Acción Colectiva del Empresariado en América Latina*. Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile. 14 p.
- Rey de Marulanda, Nohra y Guzmán Julio (2003). *Inequidad, desarrollo humano y política social. La importancia de las «condiciones iniciales»*. Documento de trabajo del Instituto Interamericano de Desarrollo Social (INDES). BID–INDES. 42 p.
- Ribeiro, Silvia (2006). *Agricultura–América Latina: Dinamismo excluyente*. Entrevista de Diego Cevallos para el Semanario TIERRAMÉRICA, disponible en: www.tierramerica.net/2005/1105/noticias2.shtml Consultado 12/10/2006.